

Km Cero

REVISTA CULTURAL SOBRE EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Septiembre 2020 • Número 140 • centrohistorico.cdmx.gob.mx

EJEMPLAR GRATUITO

CentrArte

Museo Archivo de la Fotografía

Quehaceres

El Caballo Mexicano

Raíces urbanas: los barrios del Centro Histórico



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA Y DE
DERECHOS / NUESTRA CASA

El regreso a las raíces: los barrios del Centro Histórico

SEGÚN EL SOCIÓLOGO E HISTORIADOR FRANCÉS HENRI LEFEBVRE, LA VIDA de las ciudades debería narrarse haciendo la historia de sus barrios y calles. Estos son realmente los escenarios donde transcurre la vida concreta de las comunidades, los sitios donde se hacen posibles los enriquecedores intercambios culturales y las dinámicas comerciales, las creaciones materiales y simbólicas, etcétera. En pocas palabras, los barrios son los motores de la diversidad en las ciudades, que viven en un proceso de reinvencción permanente.

En este número de la revista invitamos a los lectores a reflexionar en los barrios originales del Centro Histórico, cuyas huellas han persistido con el paso del tiempo, más allá de las innumerables transformaciones que han ocurrido a lo largo de los siglos. Los complejos procesos de mestizaje que han dado forma a la historia de nuestra ciudad comenzaron desde estos barrios, que en sí mismos son parte esencial del patrimonio del Centro Histórico. Esperamos que lo disfruten.

Los editores



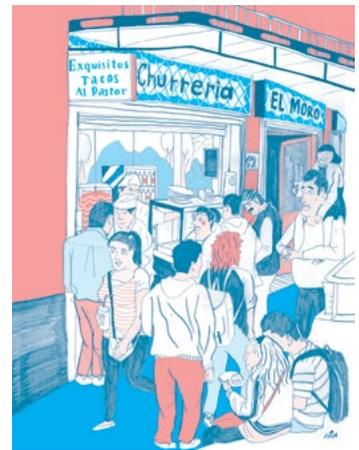
GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Parroquia de Santa María
La Redonda

POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada

El Centro ilustrado

POR EMMANUEL PEÑA

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 12, NÚMERO 140.
FECHA DE IMPRESIÓN: 24 DE AGOSTO DE 2020

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 8-9, 14-17, 21) y **Arturo García** (pp. 2-5, 11, 15, 22-29) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Gil Camargo**, **Lorena Cuevas Solagaistua**, **Yunuen Díaz**, **Carlos Hernández**, **Anabel Oviedo**, **Emmanuel Peña** y **Axel Rangel García** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974
55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escribenos a kmcerorevista@gmail.com

[f KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

[@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)

[fideicomisocentrocdmx](https://www.instagram.com/fideicomisocentrocdmx)



02

CentrArte

Museo Archivo de la Fotografía



22

Quehaceres

El Caballo Mexicano



26

Centro en cocción

La Corte



08

A fondo

Los barrios y el mestizaje urbano



06 Instantáneas



30 Cartelera



32 Niños



MUSEO ARCHIVO DE LA FOTOGRAFÍA

POR YUNUEN DÍAZ

Ubicado en la calle República de Guatemala, junto al Templo Mayor y detrás de la Catedral Metropolitana, en este recinto el visitante podrá conocer una parte esencial del legado visual de la ciudad.

FOTOGRAFÍA Y METRÓPOLIS FUERON LOS SIGNOS DEL progreso industrial durante el siglo xx. El anhelo por alcanzar el desarrollo convirtió a las ciudades en epicentros donde los ideales de la modernidad intentaban tomar forma. La fotografía se convirtió en el medio ideal para documentar estos vertiginosos cambios, pues permitía producir imágenes de manera rápida y a bajo costo. Así fue como aprendimos a observar las ciudades de manera fotográfica. Para los artistas de aquel momento, en los llamados movimientos de vanguardia de inicios del siglo xx, lo rural representaba el pasado y lo obsoleto, mientras que la ciudad se convirtió en un espacio de producción de proyectos sobre el futuro. Aunque dicha perspectiva se ha cuestionado debido a las crisis globales, lo cierto es que mirar los archivos de fotografía nos permite rastrear cómo las urbes fueron exaltadas.

Visitar el Museo Archivo de la Fotografía significa sumergirnos en esa mirada modernista de una capital en eterna reconstrucción. En el archivo se conservan más de cien años de imágenes durante los cuales se retrataron distintos aspectos del proceso de conformación de la gran metrópolis, como la economía, la cultura y la administración pública en la Ciudad de México. A través de más de dos millones de fotografías se documentaron las obras de infraestructura y los eventos considerados relevantes en las diferentes regencias capitalinas: cada nuevo servicio, obra social, propuesta cultural, evento deportivo, hospital, manicomio o escuela, etcétera. Así, podemos encontrar en el archivo algunos momentos que marcan estrategias urbanas, como la construcción del Monumento a la Revolución, que se terminó en 1938, las obras del entubamiento del Río Lerma, en 1945, o la inauguración de los ejes viales, en 1979.



También podemos vislumbrar, mediante estas imágenes, lo que fue la ciudad en otros tiempos y percibir sus fantasmas: edificios desaparecidos, calles ahora ausentes, paraísos perdidos bajo el asfalto, como las imágenes del Zócalo en 1905, cuando aún se podían apreciar los jardines que estaban junto a la Catedral, sacrificados en los procesos de renovación de la ciudad.

Si en su momento estas imágenes sirvieron como documentos políticos donde se asentó la retórica del progreso, con el paso del tiempo esa carga se ha difuminado. Ahora lo que presenciamos son los ensayos de una urbe compleja cuyos habitantes intentaron reorganizar sus dinámicas co-

tidianas. Así, el visitante del Museo Archivo de la Fotografía también podrá apreciar registros de eventos políticos, imágenes de marchas y protestas, como las fotografías en las que aparece Rosario Ibarra de Piedra, fundadora del Comité Eureka, denunciando la desaparición de su hijo.

Se trata de un vasto acervo que se puede visitar con fines históricos, de investigación, emotivos y nostálgicos. En el recinto se han organizado exposiciones como *La Castañeda*, *Imágenes de la locura cien años después* (2010), *Estamos en Obra* (2017), acerca de construcciones de infraestructura a lo largo de cien años, *Pueblo ciclero. Fotografía e historia de la bicicleta en la Ciudad de México* (2019), o 50



años y el viaje continúa (2019), conmemorando la trayectoria histórica del Metro en la capital.

Aquí también se ofrecen conciertos, exposiciones temporales de fotógrafos nacionales e internacionales, se dan cursos sobre fotografía y se proyectan documentales en ciclos temáticos.

El edificio del museo formaba parte del Mayorazgo Nava Chávez, se puede identificar por la yesería de ornamentación mudéjar de su fachada, cuyos lazos forman una estrella de ocho puntas utilizada en la cultura musulmana para representar el paraíso. A esta ornamentación se le conoce como *ajaracas*, lo que le valió a la construcción ser conocida como Casa de las Ajaracas.

Es interesante darnos cuenta de cómo en este recinto se congregan varios episodios de nuestra cultura: el museo como parte de nuestro presente, la fachada como herencia hispanomusulmana, los cimientos novohispanos y, soterradamente, los restos de los templos prehispánicos, entre los que, en el año 2006, fue hallada una escultura de la diosa Tlaltecuiltli. Un palimpsesto arquitectónico donde se amalgaman más de cinco siglos de historia, y todo al alcance de nuestra mirada. 📍

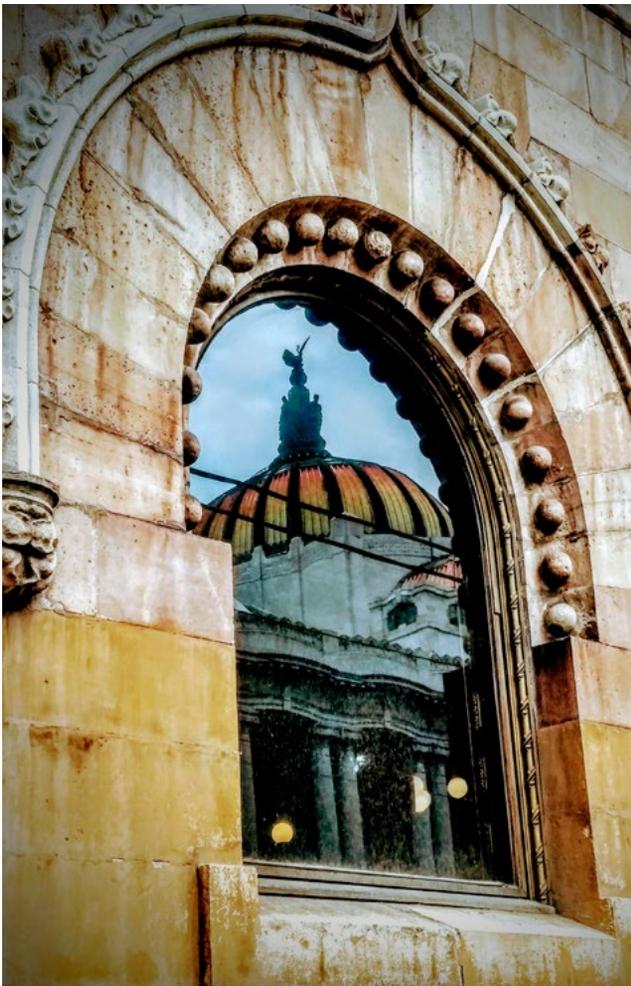
.....

Museo Archivo de la Fotografía (República de Guatemala 34). Martes a domingo, de 10 a 18 horas. Entrada libre.

La imagen del día

La forma en que imaginamos las ciudades es la forma en que construimos sentido.

Alfred Rohmer



Reflejos, Daniel Torres Valencia



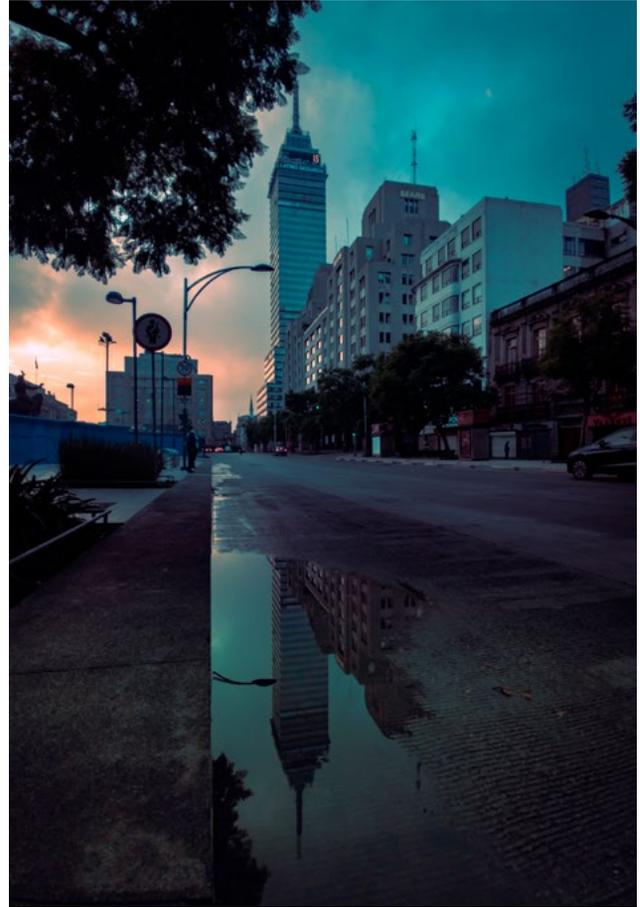
Plaza Tlaxcoaque, Víctor Castillo



Cámara de Diputados, Juan Francisco Villa



Bellas Artes y Alameda desde las alturas, César Antonio Serrano Camargo



Amanece, no sé qué hacer, me levanto, igual que ayer Carlos Jiménez



Solo faltó don Porfirio pasando a caballo, Gerardo N.



CDMX de Vitruvio, Óscar Leonel Campos Muñoz

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar. Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com o a través de nuestras redes sociales:

 [@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)
 [KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

The background image shows a park-like setting with large trees on the left and a paved walkway leading towards a building on the right. The building has a light-colored facade and a dark metal fence in front of it. The sky is blue with some clouds.

EL APORTE DE LOS BARRIOS: *mestizaje urbano en el Centro Histórico*

POR CARLOS HERNÁNDEZ

El mestizaje no se presenta únicamente en aspectos como el idioma, el vestido o las costumbres. También es visible en el entramado urbano, como se plantea en el siguiente texto, que nos invita a reflexionar en el Centro Histórico no como una zona indiferenciada, sino como el escenario donde confluyen numerosos procesos cuyo motor esencial han sido los barrios, que han seguido una rica evolución desde la época de Tenochtitlan.





EN EL PRINCIPIO ERA EL BARRIO, ME DICE MI AMIGO Julián, un historiador de profesión y urbanista aficionado del Centro Histórico. Hace algunos meses me citó en el mirador de la Torre Latinoamericana para hablarme de la antigua configuración de la ciudad. Asomados desde aquí, me comenta mi amigo, podemos representarnos mejor la distribución original de sus cuadrantes, la vida bulliciosa de sus barrios fundacionales y la precaria configuración de sus nacientes calles –también en el principio, es importante que imaginemos esas calles como canales de agua, incluso si algunas estaban hechas de tierra o cal y otras funcionaban como

una versión híbrida de ambos sustratos-. Imaginación justamente es lo que vamos a necesitar, me advierte Julián, porque como pasa con buena parte de nuestra historia precolombina, las fuentes para conocer ciertos temas no siempre abundan y muchas veces son indirectas: carecemos de medios exhaustivos y absolutamente precisos para levantar una topografía de México Tenochtitlan.

Con todo, podemos afirmar que así como hablamos de sincretismo religioso, racial y cultural a propósito de la historia de la Ciudad de México, entre sus calles, espacios abiertos y construcciones existe cierta continuidad, es decir, que más allá de los usos particulares de técnicas y materiales,



entre el mundo precolombino, la primera ciudad virreinal y todo el desarrollo posterior, hasta nuestros días, no solo hay ruptura, sino que tenemos un arraigado mestizaje urbano.

Para capturar algunas de esas marcas podemos empezar por nombrar los cuatro barrios originarios de la ciudad: Cuepopan (o en un español aproximativo, «lugar donde abren sus corolas las flores»), Atzacocalco («en donde está la compuerta o el dique del agua»), Moyotlán («en el lugar de las moscas») y Zoquiapan o Zoquipan («en las aguas cenagosas»).

Tras la llegada de los españoles a territorio mexicano y luego de un paulatino proceso de aclimatación política,

jurídica y religiosa, a esos nombres nativos les fueron anejados algunos topónimos cristianos: Santa María Cuepopan, San Sebastián Atzacocalco, San Juan Moyotlán y San Pablo Zoquiapan. Les fueron endosados sus respectivos apellidos castellanos, pero sin eliminar la nomenclatura náhuatl. Y este es, quizá, uno de los primeros rasgos del mestizaje del cual hablamos y que sigue determinando muchos aspectos del Centro Histórico hasta nuestros días, contra la idea equivocada que sugiere que los conquistadores se empeñaron en borrar todo vestigio indígena. Al menos en cuanto a la primera retícula de la ciudad, las evidencias cuentan una historia muy distinta.



Códice Ramírez (Relación del origen de los indios que habitan en esta Nueva España según sus historias), copia anónima a partir del manuscrito de Juan de Tovar, siglo XVI

En el ombligo del mundo

Según refieren las fuentes antiguas, fue el propio Huitzilopochtli quien dio la orden a sus fieles de repartirse la ciudad una vez asentados en la zona lacustre del Valle de México. «Habló Huitzilopochtli a su sacerdote y díjole: di a la congregación mexicana que se dividan los señores cada uno con sus parientes, amigos y allegados en cuatro barrios principales, tomando en medio a la casa que para mi descanso habéis edificado», leemos en el Códice Ramírez, manuscrito preparado por Juan de Tovar en 1587, basado en lo que le narraron informantes indígenas.

Habría que considerar también el relato del mismo episodio hecho por Hernando de Alvarado Tezozómoc, historiador y miembro de la nobleza mexica, uno de los primeros nativos en haber aprendido a leer y a escribir en castellano. «Asentaos, repartíos y fundad señoríos por los cuatro ámbitos de la tierra», se lee en su *Crónica mexicáyotl*. El vocablo «ámbitos» en vez de «barrios» arroja una luz sobre la organización del territorio, de acuerdo con la cosmovisión mesoamericana que dividía el universo en cuatro puntos cardinales, en torno a un punto axial: el mítico epicentro que designa el espacio donde se construyó

el principal templo mexica –sitio hoy ocupado por la Catedral–, la casa sagrada de Huitzilopochtli, el mismísimo ombligo del mundo.

Y ya que entramos en el terreno de las distinciones léxicas, ¿cuál de entre las múltiples opciones –*campan*, *calpulli*, *chincancalli*– sería la palabra que en náhuatl clásico traduciría mejor el concepto de barrio?

La primera definición que debemos considerar es la de *altépetl*. Según el vocabulario del fraile Alonso de Molina, hijo de una primera generación de migrantes extremeños en la Nueva España, *altépetl* podía significar «poblado», «ciudad», «estado», e incluso «reino».

Desde tiempos prehispánicos, los barrios daban vida e identidad cultural al gran *altépetl* de Tenochtitlan.

Igual de difícil resulta definir a esa célula urbana llamada *calpulli*, no solo por su variedad de significados sino por la imposibilidad de encontrar equivalencias exactas entre los conceptos nahuas y los nuestros. En cambio, lo que genera menos controversia entre los historiadores es la jerarquía de dichos términos: al vocablo general de *altépetl* –en este caso el *altépetl* Tenochtitlan– parecían corresponderle cuatro *campan* (grandes barrios o poblados), conformados por un número mayor de *calpulli* o simplemente barrios, a su vez divididos en otros tantos *chincancalli*, que podríamos traducir como calles, o quizá también como microbarrios. Habría que tomarse con pinzas esta traducción, desde luego, que solo es aproximativa. Pero es posible tener en cuenta estas equivalencias para entender nuestro tema central: el barrio como una unidad cultural.



Los cuatro puntos cardinales en el *altépetl* de Tenochtitlan, Códice Mendoza, siglo XVI

En todo caso y para no empantanarnos en enredos lexicográficos, podemos entender el mundo barrial del Centro Histórico durante esos años de transición entre el corazón del mundo tenochca y la capital de la Nueva España como un continuo, porque las fronteras y los rasgos propios de la Ciudad de México nunca fueron esta-

blecidos unilateralmente por agentes externos, procesos artificiales o decisiones centralizadas, sino que intervinieron en su construcción usos y costumbres tradicionales y, sobre todo, una memoria colectiva ancestral, que la llegada de los españoles interrumpió solo en parte pero que no logró nunca suplantarse por completo.



Plaza Alonso García Bravo

Construir lo nuevo en lo viejo

La historia del alarife Alonso García Bravo, a quien Hernán Cortés le encargó dibujar la traza de la nueva ciudad después de que Tenochtitlan cayera en 1521, apunta en ese sentido. Para sentar las bases de la ciudad novohispana, el alarife aprovechó la forma de la gran urbe mexicana. No podía ser de otra forma: la condición lacustre del terreno impedía remover o reubicar zonas enteras, a voluntad y capricho, al menos en el corto plazo.

Tal y como lo explicó el siglo pasado la arqueóloga y pionera del feminismo en México Eulalia Guzmán Barrón:

Cuando vinieron los españoles y arrasaron la ciudad, no pudieron construir sino sobre la anterior. Donde había una plaza siguió siendo plaza; donde había un templo, erigieron un templo, donde había un palacio, erigieron los españoles sus casas palaciegas.

Además de pragmatismo, algo de admiración debió haber en la decisión que tomó Alonso García Bravo, quien entendió muy bien que la división de la ciudad era fruto de un arduo proce-

so de edificación cuyo trazo facilitaba el libre flujo tanto de las personas como de los insumos y materiales que servían de sustento para sus miles de habitantes.

Hay que recordar además que en siglo xv España estaba transformando varias de sus estructuras e instituciones que venían del periodo medieval. De modo que, bajo la mirada peninsular, una ciudad como Tenochtitlan debió alcanzar de inmediato la categoría de urbe audaz y perfectamente organizada. A este respecto, escribe el misionero franciscano Toribio Benavente, rebautizado por elección propia bajo el



Parroquia de Santa María La Redonda



Parroquia de San Sebastián



Templo de la Inmaculada Concepción

nombre de Motolinía (que en náhuatl quiere decir «el que es pobre» o «el que se aflige»): «En lo material está México Tenochtitlan muy bien trazada y mejor edificada».

Luego de la invasión española, los cuatro barrios principales continuaron su papel como centros de intercambio comercial, civil y religioso –es decir, ostentaron su vocación de «espacios públicos», si preferimos una terminología más contemporánea–. Y así como en México Tenochtitlan cada *campan* erigía un templo o *teocalli* dedicado a la divinidad local, en donde se asentaron los cuatro barrios princi-

pales se empezó a construir, durante el Virreinato, una iglesia en honor de sus respectivos santos patronos.

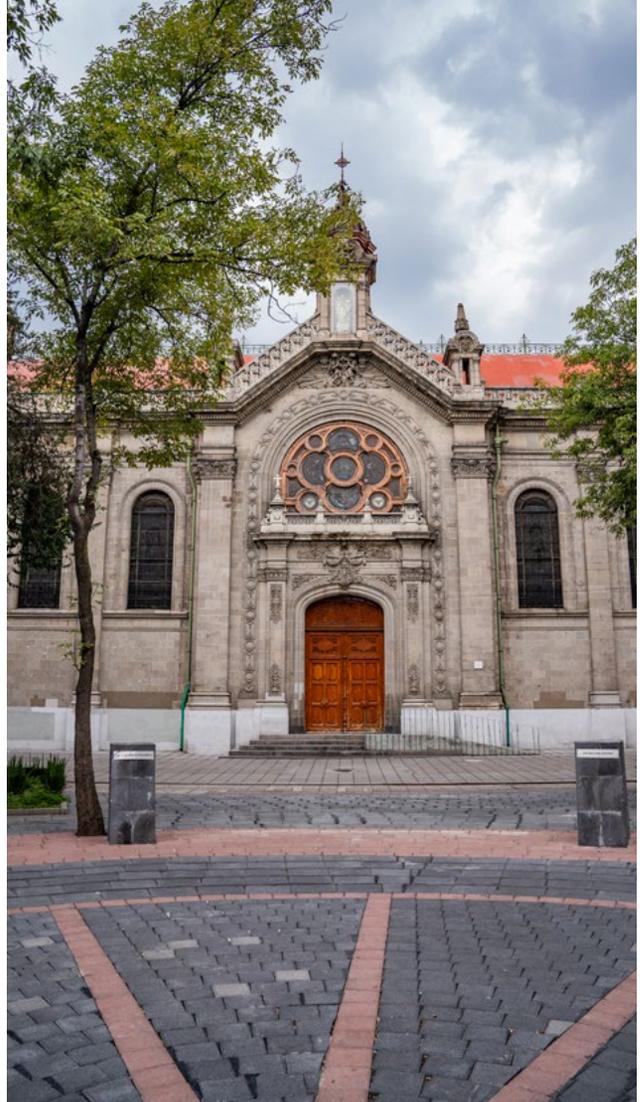
Si bien no podemos identificar con total precisión las fronteras definitivas de cada barrio, sí tenemos datos sobre sus ubicaciones. Sabemos que al noroeste estaba asentado San Sebastián Atzacolco, en torno a la Parroquia de San Sebastián, sobre la calle que hoy lleva el nombre de Rodríguez Puebla, frente a la actual Plaza Gregorio Rodríguez Quintero, conocida antes, precisamente, como Plazuela de San Sebastián.

Al noroeste se ubicaba Santa María Cuepopan –podemos dibujar una línea

imaginaria al norte de la avenida Hidalgo, detrás del Museo Franz Mayer, para marcar uno de sus lindes–, que servía de espacio limítrofe y ruta hacia Tlatelolco. Entre sus puntos podemos emplazar la emblemática Parroquia de Santa María La Redonda, en la actual calle de Riva Palacio, así como el Templo y Convento de la Concepción, en la calle de Belisario Domínguez número 5, y justo frente a él, la capilla de la Concepción Cuepopan, que llegó a funcionar como depósito de cadáveres y en el siglo xx se transformó en biblioteca pública, antes de ser declarada monumento histórico en 1931.



Alhóndiga



Iglesia del Buen Tono

Por el antiguo barrio de San Pablo Zoquiapan, en la actual zona de la Merced, cruzaba la Acequia Real.

Al sureste sobresalía el barrio de San Pablo Zoquiapan. Por su relación comercial con otras zonas del Valle de México, desde la época precolombina era punto de salida y llegada de «mercancías y gentes». De esta «parcialidad» –nombre con que se les conocieron entre las autoridades virreinales– podemos identificar varios hitos urbanos en la ciudad contemporánea: se extendía por los terrenos centrales que hoy ocupa el barrio de La Merced, que alberga calles como Corregidora, Alhóndiga y Roldán, por donde transitaban embarcaciones en lo que más tarde se conocería como Acequia Real. En este barrio se construyó además el

Templo de San Pablo El Viejo, cuya nave hoy forma parte del Hospital Juárez, sobre la Plaza de San Pablo, y unas cuartas hacia el oriente se construyó San Pablo El Nuevo, que terminó de edificarse a finales del siglo XVIII.

Finalmente, al suroeste, se extendía el barrio de San Juan Moyotlán – desde este mirador se alcanzan a vislumbrar algunas franjas de concreto y otras de verdes arboledas sobre los terrenos que un día le pertenecieron, por el rumbo de Balderas y la Ciudadela–. Este barrio fue sede de la iglesia de San Juan de la Penitencia, demolida y reemplazada a principios del siglo XX por el santuario de Nuestra Señora de



Plaza de Nuestra Señora de Guadalupe



Artesanías Ciudadela

Guadalupe, también conocido como Iglesia del Buen Tono, por haber sido esa compañía cigarrera su impulsora y benefactora.

Además en este barrio se erigió el Hospital Real de San José de los Naturales en 1553. En años recientes, el Instituto Nacional de Antropología e Historia encontró en una excavación en la calle de López una serie de restos óseos provenientes de la fosa común del hospital. La amplia construcción original, cuya fachada miraba hacia donde se ubicó mas tarde San Juan de Letrán, debió de abarcar los cuadrantes que hoy ocupan las calles de Dolores, López, Artículo 123 y Victoria.



Artesanías Ciudadela

En el principio también era el tianguis

Otro elemento del imaginario barrial precolombino que subsiste en la ciudad hasta nuestros días es el tianguis. Para entender la importancia de estos centros de intercambio, hace falta recordar el papel central que desempeñan los espacios abiertos como elementos de convivencia y cohesión social. Los *tianquiztli* no eran sitios fijos y monolíticos, sino puntos de confluencias de ritos culturales, mercantiles, sociales y religiosos.

Uno de los soldados que participó en el asedio a Tenochtitlan y que se convertiría en cronista de aquellos tiempos, Bernal Díaz del Castillo, comenzaba por reconocer al mercado como destino de trueque comercial, pero además lo describió como un lugar al que se acudía para arreglar asuntos de todo tipo, y a donde se iba a «ofrendar a sus dioses». El mercado era el lugar de dimensiones múltiples donde cabían todos los habitantes de la ciudad.

En cuanto a la actividad propiamente comercial, Díaz del Castillo dejó también testimonio del riguroso orden en el que cada mercancía era vendida, no solo al interior de la plaza sino también según la disposición de calles, portales y puestos: «cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos». Sobre este complejo pero bien organizado entramado del México virreinal, el historiador y cronista del mundo indígena Fernando Benítez, nos ha dejado esta estampa:

Las dos aceras, hasta la Plaza Mayor, las ocupaban carpinteros, herreros, cerrajeros, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borceguineros, chapineros, armeros, veleros, ballesteros, espaderos, bizcocheros,

pulperos, torneros, silleros y odreros. El gremio de los curtidores tenía su calle aparte. Los mecateros se reunían en un callejón situado al poniente de la catedral y fabricaban sogas «del gordor que se pidiere» [...]. Los sombreros –después agrupados en un callejón que desembocaba a la plaza de San Fernando– fabricaban sombreros de tafetán...

En la descripción de Benítez destaca el fuerte componente gremial en la distribución de los espacios de comercio de

la capital, herencia del mundo prehispánico. Hay que recordar el ya citado mandato de Huitzilopochtli: «Di a la congregación mexicana que se dividan los señores cada uno con sus *parientes, amigos y allegados...*». De tal modo que desde su fundación, en los cuatro barrios citadinos se agruparon colectividades enteras que se repartían no solo tareas de manutención y sustento al interior de la comunidad, sino que practicaban artesanados y oficios que los diferenciaban de los demás barrios y que se iban pasando de generación en generación a la manera de los talleres medievales del mundo occidental.

Sin embargo, la actividad comercial no estaba repartida de manera homogénea entre los cuatro barrios. La parte medular de la ciudad contuvo uno de los tianguis más importantes, referido en algunas fuentes como de El Baratillo, que abarcaba no solo la Plaza Mayor, sino algunas calles y portales aledaños. Para 1522 la Audiencia estableció que los indios debían llevar los sábados a vender a la Ciudad de México sus productos, para mejor vigilar el comercio y garantizar el abastecimiento en el primer cuadrante de la traza, donde se asentaban las comunidades españolas.

El mercado era el lugar de dimensiones múltiples donde cabían todos los habitantes de la ciudad.





Antiguo Mercado Iturbide, en el barrio de San Juan Moyotlán, en *México y sus alrededores* (litografías de Casimiro de Castro, J. Campillo, L. Auda y G. Rodríguez), ca. 1856-1857

Sin embargo, los cuatro *campan* aledaños tenían su propia actividad comercial incesante. Tanto que las autoridades locales tuvieron que intervenir para «ordenar» su funcionamiento según el calendario. Sabemos por varias fuentes que, a partir de 1540, la actividad de los tianguis se limitó a días concretos de la semana. Según el historiador y filólogo del siglo XIX Joaquín García Icazbalceta, un viajero inglés dejó el siguiente registro hacia 1572:

Hay cada semana tres ferias o mercados sumamente concurridos, así de españoles

como de indios; una de estas ferias se hace el lunes en el mercado de San Hipólito [en el atrio de la iglesia de San Hipólito, sobre el cruce de Paseo de la Reforma y Avenida Hidalgo], el de Santiago [Tlatelolco] es el jueves y el de San Juan el sábado.

El tianguis ubicado en San Juan era sin duda importante para la vida de la República de indios. A tal punto que se instalaba diariamente –incluso si solo se le había asignado el día sábado, de acuerdo con la reglamentación del siglo XVI–. Tal fue el arraigo de es-

ta actividad que en tiempos de Santa Anna se construyó ahí mismo el mercado conocido con el nombre de Iturbide y, actualmente, en ese mismo rumbo confluyen los cuatro actuales mercados de San Juan, entre el cuadrante que forman las calles de Ayuntamiento, Luis Moya, Salto del Agua y Eje Central.

Además, el mercado era, tal y como lo es hoy en día, un motor de integración social y un crisol de dinámicas urbanas. La diaria congregación de diversas castas y su libre convivencia entre los puestos y calles destinados al tianguis desmiente la falsa idea de que en el México virreinal había una dis-



Templo de San Hipólito



Calle Ayuntamiento

tinción tajante entre una República de indios y una República de españoles, como si se tratara de dos mundos apartados entre sí: uno libre destinado a los blancos, y el otro cerrado, reservado a los pueblos autóctonos, confinados dentro de una suerte de *gueto*.

Con esta afirmación no se intenta minimizar el impacto de las divisiones sociales en la conformación demográfica de la Nueva España, ni dulcificar las condiciones en que vivía la población indígena, sino cuestionar la difundida idea de que los habitantes de la ciudad vivían de manera excluyente según su origen y color de piel,

sin apenas mutuo intercambio. Más bien, se trata de subrayar la capacidad de adaptación y supervivencia de los habitantes del Valle de México, y de la propia ciudad, que, además de conservar gran parte de sus espacios simbólicos y de sus funciones vitales, supo impregnar con sus usos y costumbres a la población dominante, en un claro dejo de sincretismo urbano. El motor de todos estos grandes procesos no ha sido otro que el barrio, como la unidad viva donde suceden todo tipo de intercambios: culturales, comerciales, religiosos, políticos, simbólicos, etcétera.

Desde este mirador de la Torre Latinoamericana, Julián me invita a comprender la continuidad de los tianguis, templos y espacios del Centro Histórico como un milagro urbano. Aunque más que un milagro, le digo, quizá deberíamos de pensarlo como su destino: si el barrio no ha sido otra cosa desde su fundación que una red de intercambios, la ciudad se despliega como un tejido milenario de usos y costumbres perpetuándose como un símbolo de resistencia cultural, de eso que a falta de mejor nombre hemos concertado en llamar nuestra herencia mestiza. 📍

Talabartería El Caballo Mexicano

Historia, tradición y prestigio

POR LORENA CUEVAS SOLAGAISTUA

Con más de un siglo de tradición a sus espaldas, este negocio familiar es uno de los grandes supervivientes del Centro Histórico y ha participado de la inagotable evolución que ha experimentado la ciudad.



EN EL NÚMERO 27 DE LA CALLE PINO SUÁREZ, ENTRE República de Uruguay y República de El Salvador, se encuentra El Caballo Mexicano, negocio que abrió sus puertas por primera vez en 1913. Nos recibe Braulio Santos, nieto del fundador de una de las talabarterías más antiguas de México. Él, junto con sus hermanas, comparte la pasión por este negocio familiar, que ha pasado ya por tres generaciones.

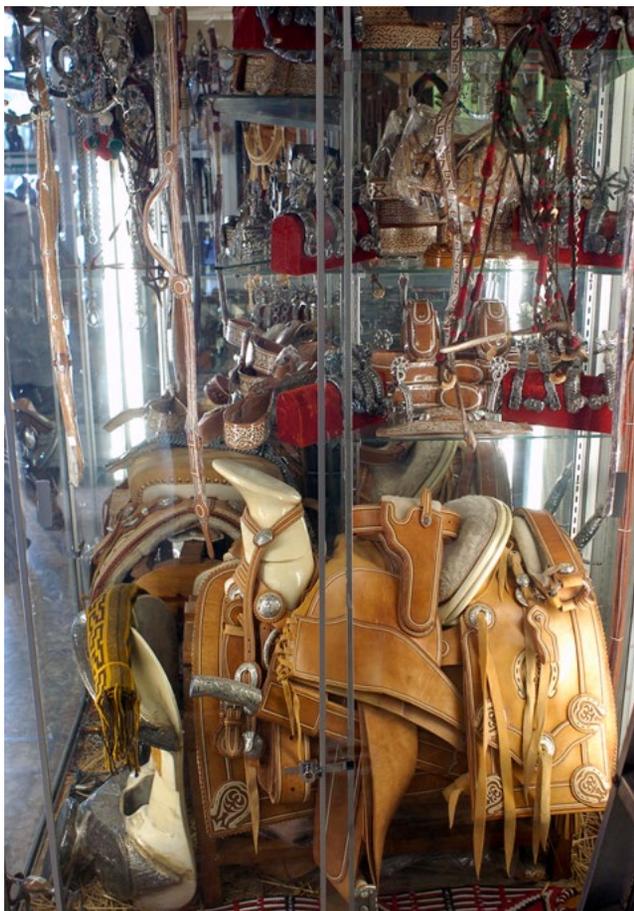
La historia comienza con su abuelo Braulio, de familia campesina y natural del municipio de San Sebastián, ubicado en Tecomaxtlahuaca, en la región mixteca de Oaxaca. A los quince años aprendió el oficio de talabartero para más tarde instalarse en la Ciudad de México con su mujer e hijos. Aquí fundó, en 1913, durante los días turbulentos de la Revolución, la Talabartería El Caballo Mexicano en el número 113 de la calle Balvanera (que más tarde cambió su nombre a República de Uruguay). Fueron tiempos de gran

inseguridad, en los que el negocio se mantuvo «gracias a la tenacidad y el trabajo del abuelo y a que los accesorios para caballo eran herramientas indispensables para el hombre de campo».

Cinco años después, don Braulio falleció y su hermana María tuvo que encargarse de la empresa junto con el antiguo ayudante de su hermano, don Daniel, y su sobrino Braulio, que tenía entonces diez años, pero lo apoyaba todos los días al salir del colegio.

En 1923 abandonaron el establecimiento de Balvanera y se reubicaron en un local del mercado El Volador, uno de los más importantes centros de abastecimiento de la época. Pero siete años más tarde el mercado desapareció para dar paso a la construcción del edificio que albergaría la Suprema Corte de Justicia. Así que ellos se mudaron al local de Pino Suárez. Desde ahí han presenciado las transformaciones del entorno.





Uno de los cambios más determinantes se dio en la década de los sesenta del siglo pasado, cuando el entonces regente de la ciudad, Ernesto P. Uruchurtu, pidió desocupar los inmuebles de esa banqueta de la calle para convertirla en una amplia avenida. Braulio señala: «si se fijan en Pino Suárez, de un lado hay casonas del siglo XVIII y, del otro, edificios de los años sesenta». Y con natural orgullo apunta: «tenemos más años aquí que este edificio».

Mientras construían la avenida, trasladaron el negocio a una bodega de su propiedad, enfrente de la tienda. Para que las personas los identificaran, colocaron en la ventana el caballo a tamaño natural que aún ahora recibe a los visitantes al entrar en la tienda. Se trata de una figura ecuestre de pasta traída desde Inglaterra, que su padre compró a unos comerciantes en 1932. El caballo, como explica Braulio, se convirtió en el símbolo del negocio ya que mucha gente los ubica precisamente por este elemento.

En 1981, Braulio, ingeniero de profesión, abandonó su trabajo para encargarse del negocio familiar junto a su pa-

dre, quien falleció seis años más tarde. «Me metí en un negocio que amo porque aquí crecí desde chico y desde que tengo cuatro años venía a ayudar a mi papá».

¿Cómo ha podido subsistir un negocio de talabartería durante más de cien años? Braulio lo tiene claro: «siempre hay que adaptarse a los nuevos tiempos». Lo que comenzó como un local que vendía sillas de caballo tuvo que cambiar cuando el automóvil se impuso como medio de transporte. Lo que resulta paradójico es que en los tiempos en que ocurrió ese cambio también nacieron las asociaciones que convirtieron la charrería en un deporte, lo que les ayudó a que lograran mantener sus ventas. Además, fue necesario introducir nuevos artículos de piel y de cuero. La oferta aumentó tanto que en 1993 abrieron un nuevo local en Pino Suarez 23.

El éxito y la fama son evidentes. Durante la visita no deja de entrar gente en la tienda. Y no es para menos. El Caballo Mexicano tiene productos de cuero y piel de gran calidad: siguen ofreciendo sillas de montar, pero a la vez uno puede



encontrar otros tantos productos para la vida moderna, como portafolios, carteras, guantes o cinturones, la gran mayoría elaborados por artesanos mexicanos; también hay juegos de mesa, artículos de regalo, navajas, cuchillos o aretes de plata. Además, en el local más nuevo se encuentran artículos vaqueros y de equitación. Por eso mismo la clientela es diversa. Braulio afirma que acude mucha gente de otros lugares de México y del mundo a comprar artículos de caballería. «Viene gente que nos conoce y pasa a vernos. Eso es la mejor publicidad que podemos tener: cuando la gente queda satisfecha porque le gustó lo que le vendiste y regresa, por eso hay que vender siempre productos de buena calidad».

El Caballo Mexicano ha sido testigo directo de la historia de esta ciudad, algo de lo que nos hace partícipes Braulio al recordar varios episodios de distintas épocas, desde cuando «era un chamaco», como él mismo lo dice, y por la angosta calle de Pino Suarez pasaba el tren que iba de la Villa a Xochimilco; rememora la construcción de la Línea 2 del

Metro a inicios de los setenta; o episodios trágicos, como el sismo de 1985. Esta trayectoria no ha pasado tampoco inadvertida para el gobierno de la Ciudad de México, quien en el año 2013, le dio un «Reconocimiento a los 100 años de digno esfuerzo».

En una época en la que muchos pequeños negocios desaparecen frente a las grandes corporaciones, esta empresa familiar es un ejemplo de lo que se puede conseguir con amor al trabajo y voluntad. Braulio reconoce lo difícil de los nuevos tiempos, sin embargo, no pierde la esperanza, y con emoción en los ojos confía en que «el negocio va a perdurar con cariño, con amor, trabajando de una forma honrada y adaptándose a los tiempos». Y no le falta razón. Así que si tienen la oportunidad no dejen de visitar El Caballo Mexicano, un lugar único que ha evolucionado junto con la historia de esta ciudad. 📍

.....

Talabartería El Caballo Mexicano (José Ma. Pino Suárez 27).
Lunes a sábado, de 10 a 19 horas.

Restaurante La Corte

POR ANABEL OVIEDO

A casi noventa años de abrir sus puertas al público, este sitio en República de Uruguay aún mantiene vigente su propuesta gastronómica, variada y accesible, atento siempre a los retos derivados de las nuevas circunstancias.

LOS SONIDOS MARCAN EL RITMO DE LA CIUDAD. El tráfico, la música de los organilleros, las voces de los vendedores y el constante murmullo de los paseantes son indicadores del pulso de nuestras calles.

Al llegar al Centro Histórico, en este extraño 2020, se escuchan los primeros ecos de las actividades que empiezan a retomarse. Este punto neurálgico de la ciudad deberá regresar poco a poco a su cadencia sin descuidar las medidas precautorias de la llamada «nueva normalidad», como lo vemos mientras caminamos hacia República de Uruguay 15, casi en la esquina con Pino Suárez.

Ahí se ubica uno de los restaurantes más antiguos del Centro: La Corte, fundado en 1932, según la versión «oficial», aunque, según los rumores, la familia Briones se ha dedicado al servicio de alimentos desde 1880, cuando

abrieron una pequeña fonda que fue creciendo. Por décadas enteras, este lugar ha servido como locación de películas y series de televisión, ha sido frecuentado por actores, personajes de la política y escritores, además de los comerciantes y las familias de la zona.

Juan Antonio Briones, el abuelo paterno de Pablo, y actual dueño de La Corte, abrió este restaurante en la calle de Venustiano Carranza en la tercera década del siglo pasado. Se dice que el nombre se adoptó porque en sus inicios este lugar fungió como el comedor de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, instalada en Pino Suárez 2. Fue hasta 1952 que La Corte se mudó a República de Uruguay 15 porque el local original ya resultaba pequeño para los clientes que tenían. Así que acondicionaron lo que fue una vieja funeraria de techos altos, para convertirlo en la sede donde permanecen hasta la fecha.

LA CORTE

RESTAURANT

TRADICION DESDE 1932



SI TRABAJAS O VIENES AL CENTRO HISTÓRICO, SIGUE ESTAS RECOMENDACIONES

1. Usa regularmente guantes y/o mascarilla, del Centro de gerencia de Salud.
2. Limpia frecuentemente tus manos.
3. Evita tocar tu rostro.
4. Lava tus manos con agua y jabón por 20 segundos.
5. Evita salir al exterior si estás enfermo.
6. Evita salir al exterior si tienes fiebre o tos.
7. Evita salir al exterior si tienes síntomas de COVID-19.

RECUERDA LOS EJES PRINCIPALES PARA LA REANUACIÓN DE ACTIVIDAD

Consulta las normas de sanidad: mediosanitarios.cov.viva.coma.gov



ESTE ESTABLECIMIENTO CUMPLE CON LAS NORMAS SANITARIAS CONTRA COVID 19 NEGOCIO SEGURO

Centro en cocción



El negocio ha pasado de generación en generación. Después del fundador, Juan Antonio Briones, el restaurante quedó en manos de José Luis, quien lo atendió hasta que su hijo Pablo se ganó el derecho a continuar con el linaje. Según este último, nunca se imaginó que terminaría estando a la cabeza del proyecto y mucho menos que enfrentaría una situación como la actual pandemia.

El concepto de La Corte se remonta a las comidas corridas que nacieron durante la época del porfiriato. Aquí ofrecen un menú fijo que cambia diariamente, a precio económico. A lo largo de los años el recetario ha logrado sumar más de mil platillos «fuertes» y doscientas sopas. El compendio de recetas refleja los aires internacionales y los aportes de la migración en el Centro. En el restaurante retoman tradiciones gastronómicas variadas, como las

de México, España, Alemania, Argentina y otros países que se ven representados por medio de chilaquiles, butifarras, salchichas alemanas, choripanes y asados. Cada día ofrecen una selección de diez platillos diferentes.

Uno de los platos más memorables son los huevos Marilú, un desayuno que consiste en huevos, tocino, papas, chile y cebolla. Nació como petición diaria de una clienta y se quedó en el menú gracias al éxito entre los comensales.

A raíz del cierre de establecimientos por la emergencia sanitaria comenzaron a tomar precauciones. «Cuando empezó la cuarentena decidimos cerrar por dos razones. La principal fue para proteger a los muchachos. Decidimos mandar a todos a casa con sueldo para que no tuvieran que arriesgarse para venir al trabajo. La segunda es que este restaurante no es de comida para llevar, es un lugar cálido



y presencial. Nuestro restaurante invita a la gente a venir a comer, a cerrar tratos, a reunirse con amigos y reencontrarse», refiere Pablo Briones en entrevista.

El restaurantero nos cuenta que decidieron no intentar el servicio a domicilio al empezar la cuarentena. Hablaron todos los que integran el equipo de La Corte y acordaron que la mejor opción era resguardarse, así que durante tres meses no dieron servicio, haciendo el esfuerzo de conservar tanto las fuentes de empleo como los salarios. Desde inicios de julio, que empezaron a restablecerse algunas actividades, la plantilla laboral regresó casi completa, salvo dos personas que continúan en casa por decisión propia y a quienes se les sigue pagando su sueldo. «Estoy contento, respeto su decisión de quedarse en casa y cuando ellos se sientan seguros regresarán», comenta Pablo Briones.

Respecto a la renta del local, se sienten tranquilos gracias a los años que han colaborado con el arrendador. «Aún no hemos platicado sobre cómo vamos a solucionar la situación, pero no nos ha presionado porque sabe que cerramos y ya llevamos muchos años trabajando juntos». El panorama ahora debe ser flexible y ellos son optimistas. «Si vuelven a cerrar los negocios del Centro, ahora sí tendremos que empezar con el servicio a domicilio y las redes sociales para salir adelante, pero vamos a estar bien. La Corte ha sobrevivido a todo», sentencia mientras los sonidos de la parrilla, el tintineo de los trastes y el timbre de la caja registradora se mantienen en el aire. 📍

.....

Restaurante La Corte (República de Uruguay 115).
Tel. 55 5522 2528



Foto: cortesía 68 voces

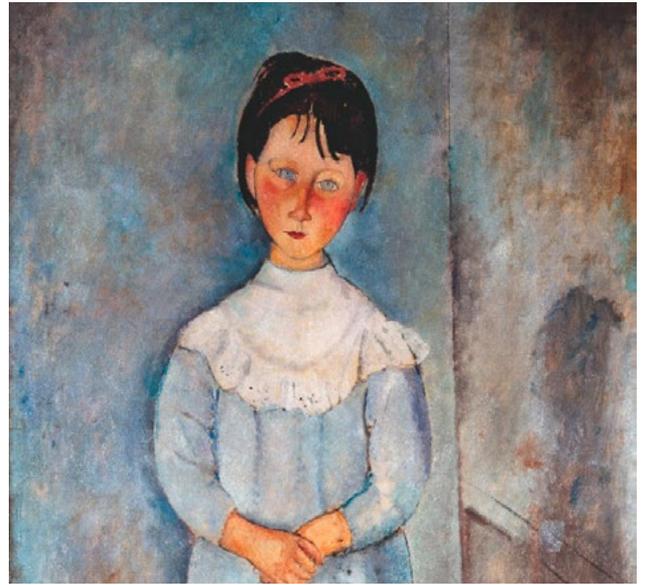


Foto: cortesía Palacio de Bellas Artes

68 voces – 68 corazones

Este proyecto audiovisual sin fines de lucro se creó para preservar y difundir la riqueza lingüística, cultural y étnica de México a través de cuentos, cortometrajes y otros materiales didácticos, destinados para los más pequeños de la familia, aunque, desde luego, también pueden disfrutarlo los adultos.

Creado y dirigido por Gabriela Badillo, con el apoyo de instituciones como el Canal Once y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, *68 voces – 68 corazones* nos acerca a las leyendas de los diferentes pueblos y tiene, entre sus objetivos, proteger la palabra indígena, erradicar la discriminación y difundir las culturas de estas comunidades.

En la página web podremos encontrar un diccionario náhuatl y uno chinanteco, mapas de las diferentes lenguas originarias de la República Mexicana y PDFs descargables con imágenes blanco y negro para imprimir y colorear desde casa. Entre sus cartas más fuertes están sus cortometrajes en lengua original, con subtítulos en español e inglés, *La creación de la fiesta de la Tuburada de Sonora*, ilustrado por Adriana Quezada y animado por Hola Combo y Evelyn Sánchez; *Huichol. El primer amanecer de Jalisco*, de Gabriela Badillo, ilustrado por Enrique Sañudo y animado por Enrique Sañudo.

.....
Velo en: 68voces.mx

El París de Modigliani

Amedeo Modigliani fue un artista italiano que destacó en los campos de la pintura y la escultura. Se volvió famoso por el trabajo que realizó en París, donde se relacionó con los grandes de la pintura como Picasso y Matisse. La obra de Modigliani no suscitó el merecido reconocimiento en vida del artista; aun así, él dejó algunos de los aportes fundamentales en las artes visuales del siglo xx.

A fin de conmemorar el centenario de su muerte, la Secretaría de Cultura y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura presentan por primera vez en México las pinturas de Modigliani en la exposición *El París de Modigliani*, junto a obras de otros artistas como Chaim Soutine y Suzanne Valadon. Esta muestra nos llevará de paseo por la vida del artista italiano e indagará en su riqueza cultural e histórica.

Mientras se confirma la fecha de inauguración, el Museo del Palacio de Bellas Artes abrió un micrositio para conocer más de Modigliani; desde su nacimiento y sus primeras obras hasta la biografía de varios de sus contemporáneos, como Paul Cézanne, Jeanne Hébuterne y Maurice Utrillo.

Además, el Museo presenta una *playlist* con música de la época, que integra trabajos de compositores como Maurice Ravel, Claude Debussy y Erik Satie, que nos llevarán de viaje por el París a inicios del siglo xx.

.....
Velo en: museopalaciodebellasartes.gob.mx/modigliani



Foto: cortesía Centro Cultural España



Foto: cortesía Contigo en la distancia



Foto: cortesía Secretaría de Cultura

Pequeños contadores de historias

El Centro Cultural de España continúa con los talleres y cursos a distancia que nos ayudan a mejorar nuestras habilidades y nos sirven como actividad recreativa para ampliar nuestros conocimientos sin salir de casa. Ahora es turno de la literatura especializada en los niños y jóvenes con *Pequeños contadores de historias*. Talleres de fomento a la lectura a través de la escritura.

El programa consta de un temario básico que incluye módulos como «Lo que me gusta y lo que no me gusta», «Manual de instrucciones» y «Te regalo un cuento; para madres, padres y profesionales de la mediación y educación». Cada uno está enfocado a las diferentes etapas de la niñez y busca ayudarnos a aprender cómo adaptar actividades para niños y adolescentes.

El taller está dirigido a niños desde diez hasta quince años, así como a profesionales interesados en la promoción de la lectura y, por supuesto, a padres y tutores que quieran tener más herramientas para acercar a los niños a la lectura.

.....
Velo en: ccemx.org

Circuito de museos

La Ciudad de México tiene un amplio patrimonio museístico reconocido internacionalmente, con perfiles muy variados y recintos de gran envergadura, como el Museo del Templo Mayor y el Museo de Antropología.

Si en esta cuarentena no ha sido siempre posible visitarlos, podemos acercarnos a sus interesantes propuestas por medio del Circuito de Museos que ofrece la página Contigo en la distancia, en un mapa interactivo que nos conduce a través de un paseo virtual en bicicleta por once museos, varios de los cuales se encuentran en el Centro Histórico, aunque la propuesta abarca sitios en diversas latitudes, como el Centro Comunitario Culhuacán y el Museo Casa de Morelos, entre otros.

.....
Velo en: inah.gov.mx/images/interactivos/circuitomuseos/circuitodemuseos.html

Tardes de crónica y paseos históricos

La plataforma Capital Cultural en Nuestra Casa te invita a conocer la riqueza y patrimonio cultural de la Ciudad de México a través de diversas actividades virtuales para todo público.

Los acontecimientos más importantes en la historia de México pueden verse a través de *Tardes de crónica*, seminario permanente organizado por la Asociación de Cronistas Oficiales de la Ciudad de México, un espacio desde el cual se muestran los acontecimientos más relevantes en nuestra historia a través del acervo del Archivo Histórico de la Ciudad de México «Carlos de Sigüenza y Góngora».

Además, *Paseos históricos* te invita a conocer por medio de recorridos virtuales, anécdotas, leyendas, historias y personajes de nuestras calles y recintos más importantes en la capital del país en un nuevo formato que te permite disfrutarlo desde casa.

.....
Velo en: capitalculturalennuestracasa.cdmx.com.mx
Tw: @archivociudad
Fb: @ArchivoHistoricoCiudadMx

Un MERCADO EN UN BARRIO MEXICANO, NOVOHISPANO Y MEXICANO

¿Sabías que Tenochtitlan tenía cuatro barrios y que, cuando se convirtió en la capital de la Nueva España, siguieron siendo importantes? La ciudad ha cambiado mucho con el tiempo, pero todavía se conservan evidencias de la gran relevancia histórica y cultural de esos cuatro barrios en la construcción del México que conocemos. Por ejemplo, en lo que era Santa María Cuepopan, la actual colonia Guerrero, se ubica la muy antigua parroquia de Santa María la Redonda. En el barrio conocido como San Sebastián Atzacolco, al noreste del Centro, se conserva la hermosa iglesia de la Santa Cruz y La Soledad. En el antiguo San Pablo Zoquiapan, al sureste del Centro, se encuentra el templete de Ehécatl —dentro de la estación del metro Pino Suárez— así como el barrio de la Merced, y en lo que era San Juan de Moyotlán, al este del Centro, está el famosísimo Mercado de San Juan, heredero del tianguis prehispánico del barrio.

Justamente estás de visita en el mercado. Observa bien todas las mercancías. Algunas se han vendido ahí desde antes de la llegada de los españoles y todavía nos gustan. ¿Cuáles de estos productos reconoces y cuáles ya no se pueden comprar en los mercados? ¿Cuáles productos que para ti son normales piensas que los mexicas no conocieron?





Exquisitos
TACOS
Al Pastor

Churreria

EL MORO

42

